

]

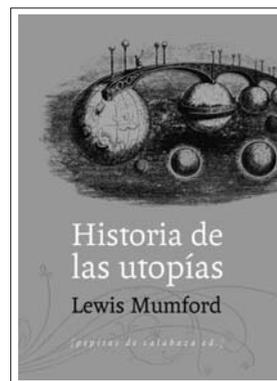
---

---

Mumford, L. (2013). *Historia de las utopías*, Traducción: Diego Luis Sanromán. Logroño: Pepitas de calabaza, 298 páginas.

---

---



*Pepitas de calabaza*, editorial de poca proyección, —esperemos que sólo de momento— acaba de recuperar la que parece ser la primera obra de Mumford, concebida en 1922, y aún no publicada en español, *Historia de las utopías*. Tenía entonces menos de 30 años quien ha sido considerado sociólogo, historiador, filósofo de la tecnología y urbanista, aunque no concluyó ninguna carrera universitaria y fue muy crítico con cualquier institución oficial, lo que no le impidió moverse adecuadamente en los ríos interdisciplinarios de la intelectualidad. También ha recuperado la editorial logroñesa *El mito de la máquina y La ciudad en la historia*, esta última publicada en Buenos Aires en 1966. Partiendo de que la situación tecnológica ha deshumanizado las sociedades, el autor se centra en el establecimiento de una cultura y una economía que sean sostenibles y tengan en cuenta la región en que se desarrollan.

Pasemos ya a la lectura del libro. En un prefacio de 1962 Mumford se refiere a “una conciencia premonitrice de los problemas y las presiones del mundo contemporáneo” (página 10) como algo que impulsó su obra. Habrá que confirmar esto a lo largo del desarrollo de la misma. Igualmente dice que su proyecto es llevar a “sus posibilidades ideales” (página 15) la vida real. No es otra cosa su utopía. Existen posibilidades que se deben explorar y realizar. El libro tiene doce capítulos breves y bibliografía.

Los seres humanos vivimos en dos mundos, el que denominamos mundo *real* y el ideal o utópico. No es correcto

enfrentar la utopía con este mundo *real*, que es el que los ideales han hecho tolerable. Hay un entorno físico muchas veces duro e inhóspito en el que debemos basar la liberación futura, reconstruyéndolo. Por eso la utopía no es un escape, sino una realidad que permita volver a construir la vida nueva. Los que primero nos enseñaron esto fueron los griegos y, especialmente, Platón.

La primera gran utopía es la de Platón en *República*. Hay que analizarla bien para comprender el sentido de toda utopía posible. Su contexto fue una derrota, la guerra del Peloponeso. Y la realidad de su entorno, “una vida agrícola sencilla (página 45) con carencias y necesidades que sólo una comunidad ideal podría resolver, la sociedad o el Estado. Cada uno debe tener lo que sea necesario, tanto en el nivel material para poder vivir, como en el psicológico de los deseos y placeres. Equilibrio y moderación son características de vida buena y no las riquezas o los bienes excesivos.

Tampoco debería ser muy extensa la población, porque los ciudadanos tienen que participar en el gobierno, ser activos y asumir las responsabilidades. Esto podía hacerse con un número de poco más de 5000 habitantes en aquellos tiempos. Los seres humanos han de vivir de acuerdo con su naturaleza y cumpliendo sus funciones, que tienen que armonizarse entre sí. Valor, templanza y sabiduría son las características de un buen vivir y “la justicia es la clave de bóveda de la utopía platónica” (página 52). Agricultores y artesanos, guerreros y sabios tienen que estar adornados por

la disciplina y la educación, actuando desinteresadamente y con el referente de la comunidad política.

Esta es la conclusión de Mumford: “En la comunidad de Platón, la servidumbre y la coerción, la avaricia y la indolencia se han esfumado. Los hombres se ocupan de sus asuntos en pro de la vida buena...” (página 65).

Después se ocupa de otro monumental autor utópico, T. Moro, que “dejaba atrás un escenario cuya violencia política y desajuste económico se asemejaban curiosamente a los nuestros” (página 70). ¿Qué se puede hacer aquí en un mundo como éste? Lo primero es organizar la economía, que es agrícola, y procurar que nadie viva en la ociosidad. Luego hay que ir al mercado, empleando los bienes distribuidos. Resuelta la vida material, es preciso ocuparse del gobierno y las instituciones. En el matrimonio se permitía el divorcio y en la religión “existe una tolerancia completa de todos los credos” (página 82). Además, el supremo placer “es el cultivo del espíritu” (página 85) y se establece que el hombre alcance “el más amplio desarrollo dentro de su especie” (página 86).

En el Humanismo renacentista de F. Bacon y Campanella “nos hallamos a las puertas de la utopía instrumental” (página 110), según Mumford, y los seres humanos se plantean lo mismo que se plantearon siempre, qué hacer con su conocimiento y su poder, porque ya pasará la civilización para siempre a una economía más urbana y menos agrícola, y a una realidad sombría. Proyectos asociativos proponen Fourier, Owen y

más adelante J. Buckingham. El problema principal sigue siendo la organización del trabajo y la distribución de la riqueza.

H. Hudson con *La edad de cristal*, Andrae con *Noticias en ninguna parte*, o Wells con *La máquina del tiempo* nos acercan ya a tiempos más de actualidad, sin que haya decaído el impulso utópico. Sigue habiendo utopía en la época industrial misma, porque la vida común necesita ser mejorada, quizás más que nunca, al no ser buena.

El último capítulo se refiere a la ciencia actual y a su contribución a la vida social. Mumford la sitúa en paralelo con el arte. Idealismo y ciencia no deben enfrentarse entre sí, sino combinarse en favor de la felicidad de los seres humanos. No tiene sentido la ciencia sin valores, porque entonces puede degradar la vida en la sociedad: “Cuando la ciencia no se ve afectada por un sentido de los valores, contribuye... a una completa deshumanización del orden social” (página 258). Cada vez se orilla más el mundo de los valores, porque produce mala conciencia, especialmente a los poderosos. Valores para lo público, para el arte, para el urbanismo. Cada vez son más grandes las ciudades y los pueblos más feos, porque han sido planificados y pavimentadas sus calles por especuladores chapuceros. Así el desorden reina por doquier.

Salir del desorden requiere de la tradición utópica. Hay que dejar los viejos mitos, sí, pero a condición de crear los nuevos, por eso los ingenieros no pueden disociarse de “la práctica de las humanidades” (página 283), escribe

Mumford. Con la utopía regresamos a la realidad para reconstruirla nuevamente. Ahora las utopías tienen que ser regionalistas, en lugar de hacerlo todo igual o similar en nuestras ciudades. Hay que cultivar el entorno y lo local. No son buenos tiempos para la utopía, definitivamente, pero, sin embargo, las utopías son hoy, incluso, más necesarias que nunca antes.

Por último, en la lista de obras sobre la utopía, que ofrece la bibliografía, convendría actualizar algunas ediciones y traducciones en español. Este libro, aunque sea en buena parte teórico, como reconoce el propio autor, ofrece muchas ideas de gran utilidad para reflexionar en la actualidad. No habría que dejar de leerlo y debatirlo cuidadosamente.

*Julián Arroyo Pomedá*